

Carrusel del Tiempo

OSCAR GUZMAN SILVA

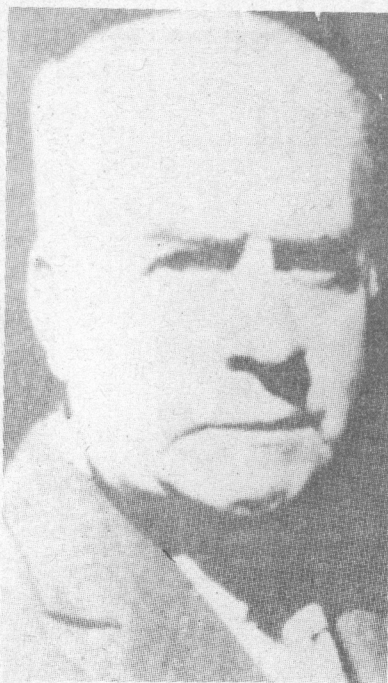
Presencia de Cruchaga Santa María

Tal vez porque últimamente sacudieron este "Carrusel" figuras múltiples y universales, la presencia de un poeta tímido, funcionario en la aventura de ganar el pan, pudiese parecer descolorida. Sin embargo, más allá de los caireles de la rima y de la gracia de la forma, tiene en las letras chilenas un sitio bien ganado. Su poesía, que denota, ora espíritu religioso ora amor, fue distinguida a hora temprana con el Premio Nacional de Literatura que se le otorgó hace cuarenta años. Fue el séptimo consagrado entre los inmortales chilenos, en 1948, a continuación de Barrios, Neruda y Samuel A. Lillo; antes que Pedro Prado, la Mistral, Daniel de la Vega y Víctor Domingo Silva, si nos atenemos, tan sólo, a poetas. ¿Cómo ignorar que el pasado 23 de marzo se han cumplido 95 años de su nacimiento, en 1893?

Suele citarse, cuando de él se trata, un juicio de Juvencio Valle: "Me acerco a Angel Cruchaga, y es como si me aproximara peligrosamente al centro mismo de la poesía. Su armonioso perfil de lámpara, su corazón de miel, me lo presentan ungido de una diamantina autoridad: lo siento perfecto gobernador del cielo, bien posesionado de sus albas radiosas, dueño y señor absoluto de sus extraordinarios arco iris. Alegra ver tanta luz natural o tanto fuego de adentro surgiendo hacia un ámbito tan poblado de significaciones celestes".

No fue precoz ni avisado en demasía. Buen alumno de los Padres Franceses, a los 19 años despertó en él la capacidad creadora y fundó, junto a Vicente Huidobro, la revista "Musa Joven", donde colaboraban su primo hermano Juan Guzmán Cruchaga, Mariano Latorre y Jorge Hubner Bezanilla, los tres primeros, como él, Premios Nacionales. Es entonces que su pluma toma carta de ciudadanía a través de colaboraciones constantes en diarios y revistas, pero tres años después, en 1915, publicó "Las manos juntas" y de inmediato fue señalado entre los poetas más importantes del país. La crítica de entonces destacó su originalidad creativa, por "sus imágenes diferentes, su vocabulario distinto". Sobre todo, la intimidad de sus versos.

En 1918, hace 70 años, su "Canto al maestro", primer premio de los Juegos Florales de Curicó, comienza a ganarle el afecto de los educadores. Cuantos le conocen lo ven con simpatía pues adivinan su angustia silenciosa de tener que trabajar, de por vida, en funciones que en nada conciben con su raptó creador y su actitud ante la existencia. La verdad es que su elevado pensamiento no le daba para subsistir y peregrinó, entonces, por la



Angel Cruchaga Santa María, Premio Nacional de Literatura 1948.

Empresa de Agua Potable, algún banco, el Ministerio de Relaciones, el Comisariato de Subsistencias y Precios, la Dirección de Bienes Nacionales, la Caja de Colonización Agrícola y, por fin, algo más cercano a sus afanes, la Biblioteca Nacional. Después de todo, ¿qué hay de raro? ¿Acaso no fue Rubén Darío pesador en la Aduana de Valparaíso y Víctor Domingo Silva oficial de partes en la misma repartición, en Coquimbo? Lo triste es que al jubilar, no obtuvo el fruto suficiente para descansar con decoro. Al morir, en 1964, a los 71 años, sólo contaba con el Premio Nacional que no constituía renta mensual como en nuestros días. Fue preciso el suicidio dramático de Edwards Bello, en febrero de 1968, para que hubiese preocupación por la suerte económica de los laureados, procediéndose a elevar el monto de la recompensa y dotarla, como siempre debió ser, con una renta reajutable, compatible con cualquier otro ingreso.

Ya en 1920 su resonancia tuvo cuantía internacional, al ser publicado en París su libro "La Selva Prometida". Sus poemas se comentaron en Europa y América. Dos años más tarde, apareció en Santiago "Job", considerado lo mejor dentro de su obra. Es un canto al dolor y la angustia, pero redimidas por la luz de la verdad y la fe. Están presentes en la preocupación del artista todos los seres de la tierra, sumidos en la realidad pero, de alguna manera, rescatados por una suerte de magia:

bondad, comprensión, entendimiento. Hernán del Solar ha señalado, al comentar esta fórmula suya tan profunda: "Entre la miseria y la esperanza, vemos cómo en un último día — que para el poeta es el límite que han de cruzar todas las cosas para llegar a un amanecer tal vez eterno — levantan sus voces al musgo, las piedras, el humo, los cielos, las madres, las ciudades, el sol que se despidió, los mares que se quedan solos, el dolor humano — encarnado en Job — "y la tremenda hora que es 'alba del cielo o alba del martirio'."

En Río Gallegos, Argentina, donde tuvo breve estancia, apareció "Mástiles de oro" (1923). En 1928, la editorial Nascimento recopiló en un volumen tres libros suyos: "Los cirios", poemas en prosa, "La ciudad invisible" y "La hoguera abandonada". En el penúltimo de los citados, brilla el aurado un misticismo que ya se advertía.

"Alfán del corazón" (1933), "Paso de la sombra" (1939), "Rostro de Chile" (1955) y "Anillo de jade" (1959) acrecientan su obra y prueban que la inspiración es en él un estado permanente. "Noche de noche", su última concepción original fue, a su propio juicio, "donde vacié acaso la más pura poesía de mi existencia".

En 1946 había tenido lo que tantos soñaron: una "Antología" editada por Losada (Buenos Aires), cuya selección y, sobre todo, el prólogo, fueron realización fraterna y preocupada de Pablo Neruda. Alone (Hernán Díaz Arrieta) se refiere al prólogo en su estudio sobre Cruchaga Santa María de la "Historia Personal de la Literatura Chilena", pág. 245:

"No se quedó con el modernismo; ha renovado sus imágenes, sus ritmos, y eso remozó su figura; lo coloca entre los precursores inmediatos. Neruda le ha llamado maestro. Pero carece de alegría y su pasión de amor, inmensa, constante, resulta un poco estática. Su orden, su paz como su tormento le han forjado una fisonomía respetable, curiosamente vanguardista; porque cada una de sus cuerdas morales, sentimentales, debía llevarle al otro lado, lejos de la izquierda; pero el hecho es que sus campanas siguen sonando acompasada y religiosamente en esas torres". Se refiere, tal vez, a su persistencia como presidente de la Alianza de Intelectuales de Chile. Por encima de todo, resuena, en las antologías, impidiendo su olvido, "El amor junto al mar":

"En mi silencio azul lleno de barcos / sólo tu rostro vive. / En el mar de la tarde el día duerme. / Eres más bella cuando estoy más triste..."